

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Acerca de la Pasión y Resurrección de
Jesucristo
(4 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

ROMANOS 3:21-26; 1.JUAN 2:2

¿Por qué tuvo que morir Jesús?

Viernes Santo

¿Por qué tuvo que morir Jesús? ¿Por qué la culpa necesita expiación? El concepto teológico de expiación parece cruel para muchos. ¿Por qué un Dios amoroso necesitaría un sacrificio como reconciliación? ¿Acaso el Dios de la Biblia es comparable con los dioses antiguos cuya ira debe ser apaciguada con un sacrificio?

La diferencia fundamental con otras religiones es que Dios mismo hace el sacrificio: Cristo “se ofreció a sí mismo a Dios por medio del Espíritu eterno como sacrificio sin mancha” (según He. 9:14; comp. Jn. 10:17,18; Ef. 5:2).

Por lo tanto, no es que el pecador el que reconcilia a Dios, sino todo lo contrario: el inocente Hijo de Dios reconcilia al pecador con Dios. En el mundo actúan fuerzas que esclavizan al hombre: el pecado y la muerte. El pecado no debe entenderse principalmente como un acto aislado, sino como un poder profundamente arraigado dentro del hombre: Romanos 7:19-23. “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Ro. 7:24) ¡Dios lo hace, a través del sacrificio de su Hijo!

Jesús se deja tratar como un pecador en nuestro lugar. El inocente tomó sobre sí el castigo por el pecado, la ira de juicio de Dios y la sentencia de muerte. Esto lo hizo por usted y por mí, incluso por todo el mundo (lea Is. 53:4-7,11,12; He. 2:17,18). Así y no de otra manera, se realiza la expiación, que efectúa una completa reconciliación con Dios. Lo que el Señor hizo por mí, puedo aceptar como regalo confiadamente en mi Reconciliador.

“Dios quiere habitar en la oscuridad, sin embargo la ha iluminado.

Como si quisiera premiarlo, así juzga al mundo.

Aquel que creó el cielo y la tierra, no abandona al pecador.

El que aquí confió en Su Hijo, allá será salvo de juicio”.

(Jochen Klepper)

Día 2

Mateo 27:38,46,50,57-60; Lucas 23:39-43

Jesús murió y junto con Él dos criminales. Uno está ahora en el Paraíso con Jesús, el otro no. Sí, los hay, el cielo y el infierno. No se amenaza con el infierno, sino que se afirma con sobriedad que existe (Lc. 16:22-31; Mt. 10:28*). Dios, el Juez, tiene el poder de expulsar a la perdición eterna o salvar al cielo. Pero la voluntad de Dios y su propósito real no es la condenación eterna, sino la salvación del pecador a su reino glorioso. ¡Qué amor! ¡Vaya regalo! “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1; comp. Jn. 3:16-18).

Jesús es enterrado** en silencio por José de Arimatea y Nicodemo. José es un consejero rico y distinguido, miembro del Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos (Mt. 27:57; Mr. 15:43). Cuando se toma la decisión de matar a Jesús, él se niega a dar su consentimiento. Él cree en el Mesías y se convierte en su discípulo secreto. Por temor a los judíos no confiesa públicamente a Jesús. José está atrapado en el escondite de su miedo.

Pero entonces José toma una decisión: quiero salir de mi temor a perder mi buena reputación y a prestar atención a los chismes de la gente. Quiero confesar abiertamente a Jesús, incluso ante los gobernantes (Pilato), y asegurar un entierro digno*** de este glorioso Señor (Jn. 19:38; Mt. 27:60). Es Dios mismo quien convierte a un discípulo temeroso en alguien que defiende valientemente a su Hijo. Se cumple la profecía de Isaías 53:9: “... mas con los ricos fue en su muerte”.

¡Sal del escondite de tu timidez, de tu miedo, tu cobardía y tu temor al hombre! ¡Confiesa a Jesucristo! “La tarea no cambia nunca y siempre es: dar testimonio de la fe” (J. Klepper).

*En el versículo 28b no se refiere a Satanás, sino a Dios.

**Según la costumbre de la época lo colocaron en una cueva funeraria, que se cerraba con una piedra pesada.

***Los criminales que fueron ejecutados en la cruz fueron eliminados de manera deshonrosa.



Día 3

Mateo 27:50-53; 28:1-10; Efesios 2:4-6

“¡El Señor ha resucitado!”

Domingo de Pascua

Con una tremenda sacudida que hace temblar la tierra, el Señor Jesucristo murió en su crucifixión, y resucitó con un poderoso terremoto. “La resurrección es el epicentro* de la fe” (P. Yancey). A esto nos enfrentamos, lo confesamos: “¡El Señor ha resucitado!” – “¡Ha resucitado verdaderamente!”

Con este mensaje, los seguidores de Jesús recorren todo el mundo. El mundo en general: aquí es válida la comisión misionera, la que Jesús demanda explícitamente a sus discípulos. Y también pasamos por nuestro mundo pequeño: matrimonio y familia, vecindario, estudio y el trabajo y nuestra vida personal.

En Romanos 6:1-6 descubrimos lo que le sucedió a un discípulo de Jesús que se confió a sí mismo y su vida a Jesús: fue crucificado, sepultado y resucitado con Jesús. ¿Qué significa esto?

Desde que nacemos estamos atrapados y entregados por completo en “el cuerpo del pecado” (Job 14:4; Sal. 51:5). Nuestras acciones se han convertido en instrumentos de pecado: Romanos 3:9b-18. Ser hombre significa ser pecador. Pero debido a que somos crucificados con Cristo, nuestra naturaleza pecaminosa es entregada por completo a la muerte y sepultada con Cristo. Con esto se extinguió toda pretensión de dominio y derecho del pecado. Estamos muertos, absolutamente muertos al pecado que nos ha dominado y reclamado.

Pero los pecados no están muertos. ¿Y ahora qué? Tan pronto cuando quieren atraerme, en mi pensamiento, en mi discurso y en mi acción, hay que tomar una decisión: ¿me dejo seducir? O reclamo confiadamente el hecho de que he sido muerto y resucitado con Cristo y de que Él me ha dado la voluntad y la fuerza para vencer todo tipo de pecados? Esto es válido también cuando he pecado. Las horas de las más tremendas derrotas pueden convertirse en horas de resurrección en Jesucristo (lea Ro. 6:12-14; Gá. 2:19,20; Ef. 2:1-10).

*El epicentro es el centro de un terremoto, desde donde la sacudida se extiende a todas las direcciones del cielo.

Día 4

1. Corintios 1:4,5; 2. Corintios 5:17; Gálatas 6:15

El Señor resucitado coloca a quien le confía su vida en un nuevo espacio vital (Ro. 3:24; 8:1). Por la gracia de Dios, es llevado “en Cristo”: esto es un estado seguro con cualidad eterna. Al mismo tiempo este “en Cristo” habla de una relación íntima y profundamente personal.

- En Jesucristo somos una nueva criatura, una preciosa obra maestra de Dios (lea Ef. 2:10). ¿Pueden otros percibirlo, experimentarlo? ¿Cómo se darán cuenta de que somos obras maestras de Dios? ¿De qué manera vivimos nuestras relaciones “en Cristo”? (Comp. Ro. 12:9-21; 14:19.)

- En Cristo somos liberados de todo legalismo. Como comunidad de Jesús nos mantenemos unidos. No permitiremos que nos enfrenten, ni que nos separen. No permitimos divisiones entre nosotros, porque vivimos en el espacio libre de su amor y verdad (comp. Gá. 2:4,5; 2.Ti. 1:13). Permanecemos con nuestro Señor crucificado y resucitado. Nos mantenemos junto a su Palabra y renunciamos a la terquedad, a la discordia y a las disputas.

- Porque en Cristo tenemos gloriosas perspectivas de un futuro singular (Col. 1:27). Quien ha vivido en y con Él, también es alcanzado por Él en el lugar de los muertos en Cristo: 1.Ts. 4:16-18. Después de esto, Jesús traerá consigo a los vivos. Alentémonos unos a otros; porque “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8). Hasta este momento es válido:

- En Cristo estoy seguro. Esto se aplica siempre y en todas las circunstancias. Luego, cuando ya no puedo lograr nada, cuando ya no veo camino, cuando sufro dentro y debajo de mí mismo, cuando la gente me rechaza, me abandona, habla mal de mí; entonces, cuando estoy solo y enfermo, incluso enfermo de muerte, cuando soy humillado o despreciado por mi fe en Cristo (1.P. 3:14-17). Dile: Mi Jesús, mi Redentor, mi Salvador y Señor; en ti estoy guardado por el tiempo y la eternidad.


